CARRANQUE DE RIOS

Carranque de Ríos era un hombre de muchos caminos, que al fin había encontrado el suyo: la literatura. La aparición de *Uno* fué sorpresa para el público quizá tanto como para él. Digamos, de paso, que los críticos que se consideraban más alerta no fueron quienes le prestaron mayor atención. Fueron las revistas de más público—aquella "Crónica", de reportajes de modistillas y dibujos de Ribas—quienes destacaron a un novelista que había surgido de improviso hablando de gentes humildes y que cruzaba el portón de las letras empujado por una mano en el hombro: la de Pío Baroja.

No era la primera vez que el huecograbado había acogido su figura esbelta, cultivando un tipo entre protervo y seductor, el de los galanes de aquel cine silencioso que no quería serlo y que se acompañaba con un cuarteto musical amparado por la impunidad que dan las sombras. Carranque de Ríos había intentado la aventura del cine. *Al Hollywood madrileño* fué, probablemente, la empresa que le animó a proseguir por esa ruta. Película olvidada hoy—y no hay por qué hacer que no siga olvidada—, pero que llevaba en sí grandes pretensiones, queriendo recoger el monumentalismo de *Metrópolis* y añadir al cine valores líricos. Sueños que iba a destruir el cine sonoro al tiempo que abría a los actores españoles la traidora promesa de unas vacas gordas en los estudios de doblaje. Aquellos cantos de sirena llevaron a Carranque a París. Visitas a estudios. Largas caminatas por no tener dinero para los transportes. Pruebas ante los fatigantes focos de las cámaras. Más caminatas. Cansancio. Desilusión.

Otra película, en España, con un grupo de amigos y pocos medios: *Zalacaín el aventurero,* la novela de Baroja. Los escenarios los ponía, y admirables, el país vasco. También era protagonista la casona de Itzea, donde el novelista pasaba largas temporadas escribiendo sus andanzas de Aviraneta. Baroja se divertía representando en la película un papel. Se le mezclarían aún más la realidad y la ficción de sus admirados aventureros de las guerras carlistas y las conspiraciones liberales. Carranque de Ríos, uno de los protagonistas, vive otro papel: el cosmopolita del gran actor. Se atavía con pañuelos o bufandas de color vivo y lanza miradas a un tiempo frías e inflamadas a las gentes ricas que cruzan con sus coches mientras él pasea por la carretera. Gentes que no saben intuir que poco

más tarde se inclinarían sugestionadas por sus ojos negros y sus dientes brillantes fascinándolas desde las pantallas.

Hasta que un día el frívolo actor se descubre a Don Pío, le enseña sus cuartillas, las que continúan un aislado libro de poesías que titulara *Nómada.* Quizá don Pío dijese por único comentario esa exclamación, breve, que en los últimos tiempos solía subrayar su estupor, con una o en cada una de sus dos sílabas, como un carrito de niño. El caso es que le escribió un prólogo. Uno de los pocos que hizo en su vida--conozco tres y sé de dos más—. El libro se llama *Uno* y es pura autobiografía, trascendida a categoría novelística. Impresiones de su triste existencia—o de momentos tristes de su existencia. Párrafos de amarguras, pero abiertos a una esperanza en el horizonte.

La literatura no le daría mucho más dinero que otras de sus anteriores ocupaciones—carpintero, marino, luchador político—, pero sí la conciencia de ser algo: escritor. A *Uno* siguió *La vida difícil,* más apretado, más rico en situaciones psicológicas. Luego, *Cinematógrafo,* aún más maduro, con la vida del extra en el nunca bien desarrollado cine español, ahondando en la humanidad de los tipos que llevaban en sí el peligro de presentarse superficiales y grotescos. Varios cuentos en revistas, alguno antológico, aunque todavía no esté en ninguna antología...

La muerte no tardó en alcanzarle. La palidez o el color cetrino que queremos adivinar en sus fotografías podría ser indicio externo de un mal conviviendo con él desde sus días de joven rebelde, acompañándole en sus escapadas a Europa, en sus juegos de hombre fatal a lo Roy D'Arcy o cualquier otro malo de los que entonces imperaban en el que se llamaba "lienzo de plata".

Han quedado sus libros, que esperan una resurrección. Entonces se descubrirán algunas herencias poco sospechadas. Y queda una pregunta en el aire. ¿Qué vió Baroja en aquel joven "caimán", en aquel representante de un mundo que seguramente le extrañaba y asombraba?

En primer lugar, la vida aventurera. Lo que a Don Pío le gustaba contar, Carranque lo había vivido. En segundo, el estilo, la construcción de la novela, próximos a sus modos, hasta desgajados de su obra, pero sin lo que en él quedaba de sus autoelegidos maestros. Podía ser un Baroja de los tiempos nuevos.

Podría ser... No vale suponer ni hacer lamentaciones. Con lo que fué, con lo que dejó le basta para no ser un autor de segunda fila. Aunque lo sigamos ignorando.

JORGE CAMPOS